

za, en París, capital que como habituada á pasar rápidamente del entusiasmo á la burla, habia cambiado de sentimientos para con Napoleon desde la guerra de España. Tener los ingleses tan cerca de casa estando nosotros en Madrid y en Viena; estar el papa preso en Roma, cuando tanto se le habia acariciado en la iglesia de Nuestra Señora; todo esto parecia tan inconsecuente, que ni siquiera se tomaba el público el trabajo de andarse con miramientos al hablar de ello. París, si se ha de creer lo que decian los boletines de la policia (1), no estaba conocido de un año á aquella parte, y lo sensible es que por haber abusado de la guerra, habia causado Napoleon de tal modo el patriotismo, que circulaban en secreto los boletines falaces del archiduque Carlos, en que se negaban los triunfos del ejército francés, no porque se llevase ya la falta hasta desearlos, sino porque sin dudar del genio de Napoleon, empezábase á dudar de su fortuna, y porque habia hecho renacer la peligrosa afición á la crítica. Por estos motivos costó trabajo á Mr. Fouché mover la juventud amiga de caballos y uniformes, y organizar en París algunos batallones de guardia nacional, habiendo tenido que decir iba á formarse una guardia de honor para escoltar la persona de Napoleon sin ir muy lejos en el extranjero, y aun vistose obligado para

(1) Todavía existe la coleccion de estos boletines, aunque Mr. Fouché mandó destruir todo lo perteneciente á la policia. Se halla entre los papeles de Napoleon, y revela el cambio singular que se realizó en los ánimos desde 1809, dando á conocer hasta qué punto mudó la suerte del imperio la guerra de España.

poblar sus filas pagar gente que carecia de trabajo. En seguida se entregó al placer de pasarles revista, placer arriesgado que debia costarle caro mas tarde. En cuanto á Mr. Clarke, ministro de la Guerra, se ocupaba en cosas mas serias. Asi que se recibieron las cartas de Napoleon, llamó al príncipe de Ponte-Corvo, y le hizo salir para Amberes, cuando ya iban acercándose al Escalda las semi-brigadas disponibles, cuando la gendarmeria reunida por el empeño que en ello se tomó el mariscal Moncey, habia proporcionado dos mil caballos, cuando caminaba hacia Flandes la artilleria que se dirigia á Alsacia, y cuando aunque con mucha confusion se principiaba á amontonar medios de defensa en los puntos desmantelados antes de Amberes, la Cabeza de Flandes, el Sas de Gante, Breskens y la isla de Cadzand.

Afortunadamente los ingleses habian sacado poco partido del tiempo trascurrido. Acabaron de reunir en el Escalda Oriental todas sus fuerzas de mar y tierra; su escuadra estaba esparcida por los diversos canales que separan la isla de Walcheren de las del Norte y el Sur de Beveland; y tenian apostadas las tropas en la isla de Walcheren alrededor de Flesinga, y en la del Sur de Beveland alrededor del fuerte de Batz. Creyeron no podrian caminar seguros hasta no haber abierto á su escuadra el paso del Escalda Occidental con la toma de Flesinga, lo cual debia permitirles llevar por mar el ejército entero á Batz y Santvliet, y gracias á esta determinacion, emplearon los primeros dias de agosto en construir aproches delante de Flesinga, dedicando á estos trabajos sus mejores tropas. El general Monnet, que habia reci-

bido, como se ha visto, dos mil hombres de varios regimientos, especialmente dos batallones franceses, uno del 48.º y otro del 65.º, los utilizó para disputar el terreno mejor de lo que se había hecho en los primeros días, pues las nuevas tropas que le enviaban, aunque bisonas, tenían pundonor, y cumplían con su deber mejor que la mezcla de extranjeros de que se componía al principio la guarnición de Flesinga.

Después de haber perdido mil doscientos á mil quinientos hombres, se hallaba el 10 de agosto enteramente encerrado en la plaza, y solo se comunicaba por la derecha con el puesto de Rameskens, en cuyo punto había tratado de cortar los diques, con arreglo á las órdenes apremiantes de Napoleón; pero ya porque la marea no fuese bastante crecida, ya porque el terreno no estuviese dispuesto á la inundación, había entrado poca agua en la isla, y apostados los ingleses en el remate de las calzadas, pudieron permanecer delante de Flesinga, donde trabajaban en establecer baterías para someterla ciudad por medio de fuegos destructores en masa. Aquel era el momento crítico para la defensa, pues el general Monnet carecía de casamatas donde poner á cubierto sus tropas. Había en la ciudad una población poco dispuesta en favor de la Francia, como todas las poblaciones marítimas, y la guarnición se componía de una tercera parte de franceses poco aguerridos pero fieles, y de dos terceras partes de extranjeros, verdaderos bandidos que se aprovechaban del desorden de un sitio para saquear y exasperar á los habitantes. Eran estas condiciones muy malas para resistir á los apuros espantosos que se preparaban.

Conformándose los ingleses con los buenos principios del ataque de plazas, habían resuelto no emplear los recursos de la artillería sino á un mismo tiempo, de suerte que por una parte trabajaban en construir sus baterías incendiarias, y por la otra en introducir en el canalizo de Deurloo una porción de la división Gardner que consistía en navíos de línea y en fragatas, á fin de batir la plaza por mar y tierra. Hasta habían conseguido ya cogerle la vuelta por dentro, siguiendo el Weere-Gat y bajando al Sloë.

El 11 de agosto, sin embargo de que les costó trabajo penetrar por falta de piloto, y por haber desaparecido todas las boyas, empezaron á introducirse las fragatas en el canalizo de Deurloo, y á desfilar por delante de Flesinga dirigiendo sobre sus murallas un fuego de cañón á que se contestó vigorosamente. Verificaron su reunión con las embarcaciones de menor tamaño, que habían bajado por el Sloë hasta Rameskens, y habiendo entrado el 12 los navíos por el canalizo tras de las fragatas, el general inglés, después de pasar una intimación á Flesinga, hizo obrar á la vez las baterías de mar y tierra. Jamás dispararon en tan pequeño espacio tantas piezas de artillería. Las baterías de tierra constaban de mas de sesenta piezas de grueso calibre, ya en cañones de á 24, ya en gruesos morteros, y la división de navíos, fragatas y bombardas que había entrado por el canalizo de Deurloo, tenía de mil á mil y ciento, que no cesaban de vomitar balas, proyectiles y bombas. A las veinte y cuatro horas de aquel espantoso fuego de cañón, ardía la ciudad, todas las casas estaban cuarteadas, y todos los techos estaban horadados,

por manera que la poblacion gritaba desesperada. Las baterías que miraban al mar contestaban con vigor, y causaban á la escuadra británica serios destrozos; pero esta era bastante numerosa para reemplazar en la línea á los buques deteriorados, y ademas, gracias á que podia moverse, se habia colocado de modo que hacia fuego sobre nuestras baterías por la parte opuesta.

No podia sostenerse la lucha mucho tiempo sin que todos nuestros artilleros quedasen fuera de combate. El 14 la mayor parte de ellos habian sido muertos ó heridos, y se trató de reemplazarlos con soldados de línea, pero como estos no tenian ninguno esperiencia, no podian suplir á artilleros; y por otra parte casi todas las piezas estaban desmontadas. Viendo el general inglés casi apagado el fuego de la plaza, le concedió algun respiro para hacerle otra intimacion, y como no tuviese respuesta inmediatamente, volvió á empezar el tiroteo. Los nuevos disparos pusieron á Flesinga en tal estado que no era posible resistir mas: no se contestaba, porque todas nuestras baterías habian quedado destruidas; las tropas, excepto los franceses, que formaban el menor número, se negaban á hacer el servicio, ocupándose únicamente en saquear, y la poblacion desolada queria rendirse, porque habian venido á tierra varios lienzos de muralla, y se hallaba espuesta á un asalto. En estas circunstancias consintió en capitular el general Monnet, firmando la rendicion de la plaza el 16 de agosto. Aunque nunca se debe disculpar las capitulaciones, preciso es conocer que era imposible aqui defenderse mas tiempo, y que esto solo hubiera retardado un dia la rendicion, esponiendo á la guarnicion y

á los habitantes á todas las consecuencias de un asalto. Por lo demas, el general Monnet con haber detenido al enemigo diez y siete dias delante de Flesinga, y el general Rousseau con haber impedido el desembarque en la isla de Cadzand, habian arruinado la expedicion británica.

Tomado Flesinga, era preciso avanzar inmediatamente hacia Amberes; pero esta operacion era mas delicada y peligrosa, puesto que se trataba de marchar de lleno por territorio francés por entre vastas inundaciones para ir á sitiár una plaza importante, llena ya de los refuerzos que se le habia enviado de todas partes. Lo mas sencillo, si el enemigo hubiese tenido en aquel momento la misma resolucion que al ponerse en camino, hubiera sido desembarcar todas las tropas con el material en las islas del Norte y el Sur de Beveland, atravesar estas islas á pie como habia hecho la division Hope para ir á tomar el fuerte de Batz, y dirigirse de este modo todo derecho hacia Santvliet, sin perder el tiempo en traer al fondo de los dos Escaldas la innumerable cantidad de navios, fragatas y transportes que llevaban consigo. Sobre este punto suscitóse un vivo altercado entre los dos comandantes de los ejércitos de mar y tierra, como sucede siempre en las expediciones de este género, á que concurren fuerzas de indole tan diferente. El almirante, que queria desembarcar sin demora para trasladarse por tierra á Batz, alegaba lo difícil que era conducir por medio de los dos Escaldas, bajo el fuego de las baterías que quedaban á los holandeses y á los franceses, y atravesando canalizos cuyo fondo no conocian, una multitud de embarcaciones tanto de guerra como de transporte, que ascendian

con las lanchas cañoneras á mil doscientas ó mil quinientas, teniendo que subir la corriente á remolque, lo cual exigiría un número de dias indeterminado, mientras que desembarcando donde se hallaban, se trasladarian á Batz en cuarenta y ocho horas. El comandante de las fuerzas de tierra al contrario queria tener desembarcado todo el material en Batz ó en Santvliet, alegando la imposibilidad de recorrer con ese material tan pesado terrenos cortados por tanto trozos de mar, canales y diques, para llegar al interior de los dos Escaldas. Hacia valer sobre todo la necesidad de tener medios de paso para atravesar el canal de Berg-op-Zoom, y trasladarse de la isla del Sur de Beveland hácia el continente en que está situado Amberes. Es probable que el general sobre quien pesaba la responsabilidad de la empresa de tierra no sentia dar largas á una expedicion que le asustaba ahora que era preciso caminar por el territorio del imperio.

Despues de un fuerte altercado, el general conde de Chatham, á quien pertenecia decidir cómo emplearia su ejército, exigió que se trasportara las tropas y el material por agua hasta Batz y Santvliet, y el almirante tuvo que someterse, emprendiendo la introduccion en los dos Escaldas de aquel inmenso armamento. Asi lo procuró efectivamente, tanto por el Escalda Oriental como por el Occidental, introduciendo en el primero los buques pequeños y en el segundo los de gran tamaño, tales como fragatas y navios; pero era preciso esperar todos los dias la marea, y cuando el viento no era favorable, subir á remolque ó halando á lo largo de la playa. Desde el 4.º de agosto se emplearon en

este penoso trabajo todos los marineros de la escuadra.

Durante este tiempo, el príncipe de Ponte-Corvo se habia trasladado á Amberes, donde entró el 15, llevando muy á propósito la autoridad de su grado. El rey Luis, que en medio de aquella confusion de gente despavorida y de tropas apenas organizadas, no sabia á quien entender, se apresuró á entregar el mando al príncipe mariscal, y se retiró á Berg-op-Zoom, y de Berg-op-Zoom á Amsterdam, para cuidar de la seguridad de sus propios estados. Por lo demas, dejó sus cinco mil holandeses entre Santvliet y Berg-op-Zoom á disposicion del mariscal Bernadotte, que estaba autorizado para agregarlos á sus tropas.

Cuando llegó el mariscal encontró ya reunidas tres semi-brigadas varios cuartos batallones sacados de la vigésima cuarta division militar, uno polaco, tres ó cuatro mil guardias nacionales escogidos, cerca de dos mil gendarmes de á caballo, unos mil ginetes procedentes de los depósitos y varias compañías de artillería, entre todos veinte y tantos mil hombres sobre las armas, doce ó quince mil de los cuales eran capaces de presentarse en línea, con veinte y cuatro piezas de artillería bastante mal montadas. Esa mezcla de tropas hubiera figurado mal delante del ejército inglés, sobre todo si hubiera estado mandado como lo estaba en España; pero detrás de las inundaciones del Escalda y las murallas de Amberes, y bajo el mando de un mariscal acostumbrado á la guerra y que inspiraba confianza, era suficiente para frustrar el ataque que se preparaba. Es verdad que era grande la confusion que reinaba en Amberes, y bastante favora-

bles todavía los momentos para un enemigo audaz, que, una vez tomada Flesinga, hubiera marchado hácia Amberes, donde podia hallarse el 17 cuando recién llegado el mariscal, no habia tomado aun el mando por no conocer la plaza ni su ejército. El triunfo, fácil el 4.º de agosto si no se hubiera detenido en la toma de Flesinga, era difícil el 16 despues de tomada esta, cuando ya habia en Amberes un peloton de tropas considerables aunque mal organizado, municiones y un gefe; y de difícil iba haciéndose imposible de dia en dia, pues ademas de que las tropas debian aumentarse sin cesar, iban á organizarse, lo cual valia mas que aumentarse.

Efectivamente, poniéndose de acuerdo el mariscal Bernadotte con dos hombres de cabeza, el almirante Missiessy y el comandante de ingenieros Decaux, completó las disposiciones tomadas para en caso de que los ingleses marcharan hácia Amberes. Púsose en estado completo de defensa los fuertes de Lillo y de Liefkenshoek, y se les rodeó de inmensas inundaciones. Detrás de dichos fuertes, protegian la escuadra dos estacadas, y de la parte acá de estas estacadas recorriendo las orillas del Escalda una numerosa flotilla, debia cubrirlas de fuegos rasantes. Como los diez navios de la escuadra, libres en sus movimientos, no tenían nada que temer de los brulotes, podian secundar la defensa de Amberes con ochocientas á novecientas piezas de artilleria de grueso calibre. En fin, la plaza en cuyo derredor estaban los nuestros dispuestos á estender las inundaciones, se cubria de trincheras, empalizadas y cañones, y se llenaba de tropas. El mariscal Bernadotte pasaba revista

á estas tropas, las organizaba, las preparaba á ver al enemigo de cerca, les infundia un principio de confianza en sí propias, y acababa de montar la artilleria, mientras que detrás desde la Cabeza de Flandes hasta Brujas se formaban numerosos pelotones de guardias nacionales, destinados á componer el ejército del mariscal Bessieres. El valiente general Rousseau, con una semi-brigada enviada á aquellos sitios, guardaba todas las avenidas de la isla de Cadzand, y la margen izquierda del Escalda.

Despues de dedicar diez y siete dias á la toma de Flesinga, los ingleses invirtieron diez mas en conducir, ya á vela, ya haciéndose remolcar, las mil doscientas ó mil quinientas embarcaciones al fondo de los dos Escaldas. El 25 tenían entre Batz y Santvliet doscientas ó trescientas fragatas, corbetas, briks y lanchas cañoneras, y se hallaban en situacion de atravesar con su ejército el canal de Berg-op-Zoom que forma, segun hemos dicho, el punto de reunion del Escalda Occidental con el Oriental. Podian atravesarlo, ó en sus numerosas embarcaciones ó vadeándolo en la baja mar con el agua hasta los hombros; pero mas allá era preciso arrostrar el territorio del imperio; un general de esperiencia, y un ejército al que la fama abultada con las exageraciones de los franceses y el miedo de los ingleses, daba cuarenta mil hombres; y no era esto todo sino que el azote que habia respetado al cuerpo encargado de atacar á Flesinga, porque en lo general se libran con la actividad los ejércitos de la fiebre, invadió no solo las tropas que habian bajado al Sur de Beveland, sino á la division que, terminado el sitio de Flesinga,

se hallaba descansando en la isla de Walcheren. La ociosidad y la mala agua que se bebía, la cual era pantanosa, obraron con tanta mas violencia cuanto mayor era el número de gente, y desde el 16 de agosto, época en que se rindió Flesinga, hasta el 26, que fué cuando llegaron delante de Batz las fuerzas navales, enfermaron de la fiebre doce ó quince mil hombres, muchos de ellos de gravedad. Así es que morían á millares, y no se sabía donde alojarlos, porque había pocos recursos en las islas semi-inundadas siempre de Zelandia, y Flesinga no tenía techo bajo el que pudieran albergarse los enfermos. Despues de dejar en Flesinga algunos miles de hombres, no quedaban rebajando los heridos y enfermos, sino veinte y cuatro ó veinte y cinco mil soldados que conducir á Amberes, de cuarenta y cuatro mil que eran.

Al ver lord Chatham este estado de cosas, é intimidado además por lo que se decía sobre los medios que tenía á su disposición el mariscal Bernadotte, celebró un consejo de guerra en Batz el 26 de agosto á fin de deliberar acerca del giro que había de darse á la expedición; consejo á que asistieron todos los tenientes generales. En el punto á que se había llegado, era evidente sería imposible atravesar el canal de Berg-op-Zoom, ya vadeándolo, ya en embarcaciones, y marchar en seguida en dirección á Amberes sin esponerse á un desastre. Efectivamente, debían encontrar en su camino dificultades insuperables, si los franceses tenían la prudencia de no dar batalla y oponer solamente los obstáculos del terreno. No podían, pues, dejar de detenerse ante esos obstáculos, mientras, siguiendo la fiebre en sus estragos, re-

duciría de veinte y cuatro mil á veinte, y quizá á quince, el ejército activo. De suceder esto, frustrado el plan de Amberes, según todo lo anunciaba, ¿cómo se las compondrían para retirarse en presencia de los franceses, que se apresurarian á salir de sus trincheras, y á perseguir á un ejército desmoralizado por las calenturas y el no logro de sus intentos? Gracias que pudieran conservar la probabilidad de repasar sanos y salvos el canal de Berg-op-Zoom.

Estas razones eran excelentes, y si el 4.º de agosto todas las probabilidades estaban por el logro de la empresa, si el 16 quedaban algunas, el 26 no había ni una siquiera, y era una locura llevar mas allá el objeto de la expedición. Era preciso, pues, contentarse con la toma de Flesinga, aunque bien es verdad que no conservarían esta conquista, comprada con enormes dispendios, quince ó veinte mil enfermos, y la mengua de ver reducida á una empresa ridícula la expedición marítima mas grande del siglo; pero no era cosa de deliberar. Sin demora, se envió el dictamen del consejo de guerra á Londres, calculando que en cuarenta y ocho horas podía ir y volver con la respuesta un buque, y mientras se ocupó el ejército en retrogradar, embarcando los enfermos para trasladarlos á Inglaterra.

El 2 de setiembre aprobó el gabinete británico el dictamen del consejo de guerra, y ratificó el abandono de una expedición que había costado tantos esfuerzos, y prometido tan vastos resultados. Los ingleses dieron principio otra vez á la difícil operación de arrastrar á lo largo del Escalda mil doscientas á mil quinientas embarcaciones de

todas formas y de todos tamaños, y embarcar su gente, caballos y cañones. Gran número de buques se hizo á la vela para las Dunas; pero como no se podia dejar al ejército donde se hallaba, y quince á diez y ocho mil soldados que habian caido enfermos no se encontraban en estado de servir, se les embarcó como se pudo, ejecutando un viage continuo de la isla de Walcheren á las Dunas y viceversa. No queriendo confesar se habia malogrado completamente la expedicion, si evacuaban desde luego á Flesinga, decidieron dejar allí una guarnicion de doce mil hombres, y como el agua que se bebia era la principal causa de las calenturas, resolvieron enviar ochocientas toneladas de agua al dia, de las Dunas á Flesinga. Los buques de transporte continuaron pues, aquella travesia incesante llevando agua, y trasladando enfermos, cuatro mil de los cuales habian ya perecido en Walcheren, y siendo trasportados doce mil á Inglaterra, donde morian muchos al llegar. En cuanto á la guarnicion de Flesinga, viendo que disminuia diariamente, decidieron dejar allí el número de tropas estrictamente necesario para defender la plaza, y se reservaron evacuarla definitivamente haciendo volar las obras si la paz, que debir firmarse bien pronto, llevaba los ejércitos franceses del Danubio al Escalda.

Cuando los franceses advirtieron el movimiento retrógrado de los ingleses (y no tardaron en advertirlo), brilló en ellos el regocijo, al regocijo se siguieron las chanzonetas, y Amberes presentó el espectáculo tumultuoso de vencedores que se engristian con una victoria que les habia costado poco. El triunfo alcanzado se debia esclusivamente á

la firmeza del general Rousseau que habia preservado la isla de Cadzand, á la resistencia del general Monnet que habia hecho perder á los ingleses un tiempo precioso, y en fin á la sangre fria del almirante Missiessy que habia salvado la escuadra por medio de hábiles maniobras. No obstante, el mariscal Bernadotte, dispuesto siempre á elogiarse á sí propio, dirigió á sus tropas otra orden del dia aplaudiendo el triunfo que acababan de conseguir contra los ingleses, orden del dia que debia tener en Schönbrunn la misma acogida que la que dirigió á los sajones despues de la batalla de Wagram.

Era llegado el caso de suspender el llamamiento á las armas de los guardias nacionales, que traian conmovido el país desde Lila hasta Gante, y desde Gante hasta Amberes; que se ponian en marcha disgustados, que desertaban en el camino, y que se mostraban tan bulliciosos como indisciplinados. Así opinaba el general Clarke, pero el ministro Fouché que habia visto aprobó Napoleon su primer llamamiento y que encontraba en las revistas de París, y el movimiento general de las poblaciones, ocasion de hacerse valer, continuó las levás, estendiéndolas á todo el litoral del imperio, y hasta Tolon y Génova, bajo pretesto de que, obligados los ingleses á dejar la Zelandia, eran capaces de ir á vengarse en Guyena, Provenza y el Piamonte, del desastre que habian sufrido en Flandes.

Todo esto se le participó á Napoleon desde principio de setiembre, y le causó suma alegría mezclada de mucho orgullo, porque atribuia ese triunfo á su venturosa estrella, y habiendo visto á

punto de oscurecerse esta estrella dos ó tres veces desde los asuntos de España, creyó verla en aquel momento brillar con nuevo esplendor. Asi escribió diciendo: «en las circunstancias actuales es una série de ventura esa expedicion que reduce á la nada el mayor esfuerzo hecho por la Inglaterra, y nos proporciona un ejército de ochenta mil hombres con que de otro modo no hubiéramos podido hacernos.» Quiso se siguiera organizando el ejército del Norte, reuniendo cinco legiones de guardias nacionales al mando de cinco senadores, pero compuestas únicamente de jóvenes robustos y aptos para el servicio, y acabando de montar la artillería, á fin de arrojar á los ingleses de Flesinga si intentaban permanecer en ella, ó dirigirse hacia Alemania si volvian á romperse las hostilidades con Austria. Por último, Napoleon, disgustado otra vez con el mariscal Bernadotte por la afición que tenia á alabarse despues de las operaciones mas sencillas, y viéndole con desconfianza á la cabeza de un ejército compuesto de antiguos oficiales republicanos y de guardias nacionales, encargó al ministro Clarke le diera las gracias por sus servicios y confirió al mariscal Bessieres el mando general del ejército del Norte.

Tales fueron los esfuerzos que hicieron aquel año los ingleses para disputar la Península á Napoleon, y destruir en las costas sus vastos armamentos marítimos. Con pocos soldados y un buen general hicieron frente en España á tropas admirables, mandadas con flojedad, y en Flandes, con tropas escelentes privadas de general, sufrieron un desastre á manos de los reclutas de que estaba lleno Amberes. Empero en uno y otro teatro

sobrepujaba todavía la fortuna de Napoleon, pues perseguido sir Arturo Wellesley por los ejércitos franceses en masa, se retiraba á Andalucía, descontento de sus aliados los españoles, y no esperando casi nada de aquella guerra, y lord Chatham regresaba á Inglaterra avergonzado. Podia Napoleon por lo tanto arrancar á Austria abandonada una paz brillante, y salvar su poderío y el nuestro, si aprovechaba las lecciones de la fortuna, que volvía á tratarle mal un instante mas bien que para destruirle para que le sirviera de advertencia.